



A0775

**14/09/1999**

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL ENCUENTRO CON DOCENTES EN LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL MENÉNDEZ PELAYO**

Santander, 14-09-99

Señor Rector, señor Presidente de la Diputación General de Cantabria, señor Alcalde, señoras y señores, queridas amigas y amigos,

A mí los encantadores que querían embaucar a nuestro señor Don Quijote, según decía don Miguel de Unamuno, no me han secuestrado nada. Me han traído la gripe, pero no me han quitado el esfuerzo, lo que me permite venir a pasar este rato con todos ustedes muy gratamente, entre otras cosas, para ratificar de una manera muy personal la preocupación y la atención que sobre la Educación en nuestro país, especialmente sobre la Educación Secundaria, sobre el futuro educativo, sobre sus problemas y sus preocupaciones, tengo personalmente y tiene también el Gobierno en este final de milenio al que se refería el profesor Andrés Amorós, y lo que podemos hacer entre todos, con un esfuerzo común, para seguir mejorando las posibilidades de la Educación en nuestro país.

Aquello que decía el Rector, en su entusiasta e interesante discurso, respecto a que un hombre es la conjunción, me parece, de una madre y de un buen Bachillerato, llámese como se llame, que procuremos entre todos mejorarlo, en la parte que corresponda a nuestras responsabilidades, sean políticas, sean profesionales, en el terreno educativo, ya que yo, al menos en el terreno de la madre, por el momento no me puedo meter exactamente y directamente.

Sí quiero felicitar a la Universidad Internacional Menéndez Pelayo por esta iniciativa. Me parece muy importante que sea el tercer año en el que profesores de Educación Secundaria de toda España se reúnan para hablar de sus problemas, para tener unos intercambios y unos encuentros, sin duda, muy interesantes y muy provechosos, estoy seguro, para todos.

Quiero resaltar esto y quiero pedir muy especialmente a la Universidad Internacional Menéndez Pelayo que continúe con estos encuentros. Estos encuentros son absolutamente fundamentales desde el punto de vista de lo que es la comunicación interna de nuestro país, el intercambio de experiencias y el fomento y el mantenimiento, dentro de nuestro sistema educativo, de unos niveles de intercambio y de cohesión que son absolutamente fundamentales, como luego me referiré, por distintas razones, en el momento actual de nuestro sistema educativo y, por supuesto, también en el futuro de nuestro sistema educativo.

Yo tengo una visión también, como les acabo de decir, no del pesimismo de hace cien años, sino del optimismo de este momento histórico de España, y me gustaría comentar con ustedes --espero que brevemente-- algunas de las posibilidades que tiene nuestro país, alguna de las oportunidades más grandes que tenemos en el futuro inmediato, entre

las cuales es verdad, como se ha dicho y se ha recordado aquí, que España, en su potencialidad cultural --en alguna ocasión he definido a nuestro país como una gran potencia cultural-- tiene uno de los grandes secretos de su éxito histórico en el futuro inmediato.

Si lo sabemos aprovechar bien, extraeremos muy positivas consecuencias para nosotros, para las futuras generaciones de españoles, no solamente dentro, sino también en nuestra contribución en muchas partes del mundo. Si no acertamos en eso, evidentemente no aprovecharemos tal vez la oportunidad que nos deriva, que nos entrega, nuestra principal potencialidad, como es la riqueza histórica, la riqueza patrimonial y también la creatividad moderna y contemporánea española.

Hace unos días yo releía un estudio sobre tendencias mundiales observables, un cuestionario de esos sociológicos muy complejos que se envía a líderes de opinión, en los cuales distintas personas en todo el mundo opinaban sobre cuáles eran los elementos claves de las sociedades desarrolladas del futuro inmediato, del siglo XXI. Había en ese estudio dos factores absolutamente claves del futuro: uno es la confianza social y otro es la necesidad de un alto nivel de formación en la población.

En primer lugar, yo les quiero hablar un momentito de la confianza social. La confianza social --sin la cual, evidentemente, es muy difícil abordar otros problemas y otras prioridades, desde el punto de vista de la acción política, social, profesional; también la educativa-- exige varias cosas.

Exige, en primer lugar, un marco estable de convivencia, no alterado artificialmente, no alternado interesadamente, sino en el cual se permita justamente una convivencia razonable, una convivencia dentro de la discrepancia pacífica y, naturalmente, permita el progreso de las sociedades.

Exige, a su vez, un Estado de Derecho que garantice libertades, que garantice la seguridad, que garantice que los jueces, al final, son los que tienen la última palabra, que no se cuestiona.

Y exige también hoy la confianza social el entendimiento de que nuestra sociedad tiene que ser una sociedad profundamente dinámica, profundamente innovadora, lo que se ha denominado --al menos, yo trabajo en esa denominación-- una sociedad de oportunidades para todos. una sociedad que da posibilidades de desarrollar un proyecto vital a todos y cada uno de sus miembros.

Oportunidades para todos, no para ningún grupo en especial, no para ningún sector concreto, sino oportunidades para todos los ciudadanos de una sociedad, para todos los seres humanos en una sociedad, en la cual se pueda luchar contra la exclusión, se pueda luchar contra la marginación, se pueda, evidentemente, disponer siempre de una nueva oportunidad, si es que de las que se ha dispuesto hasta ese momento no han resultado útiles.

Nadie, por lo tanto, puede ni tiene por qué estar condenado a quedarse en la cuneta desde el punto de vista del desarrollo de un proyecto vital; sí la obligación, en general, de poderes públicos y de la sociedad consiste en ofrecer nuevas oportunidades al que ha tenido previamente un fracaso.

Esto es básico, y es básico comprenderlo desde un punto de vista de una sociedad como la sociedad del conocimiento, la sociedad de la información, en la cual la competencia profesional, por una parte, y, por otra parte, la movilidad geográfica marcan dos características sin las cuales es absolutamente imposible comprender prácticamente nada de lo que pasa en la sociedad.

En segundo lugar, la confianza social también supone y requiere comprender lo que es una sociedad plural y comprender que el diálogo es básico en las sociedades plurales de nuestro tiempo. Cuando hablo de diálogos, hablo de diálogos en el espacio público, en

lo que es la vida pública de una sociedad, la vida pública de un país, y, por supuesto, también de diálogos en la sociedad civil.

Yo creo en el diálogo, creo en el debate. Creo que practicando esas políticas de diálogo se consiguen, si llegan a buen puerto, objetivos más fecundos, resultados más duraderos. Creo que los proyectos y las reformas que se emprenden tienen mucho más calado, producen resultados mucho más profundos y largos en el tiempo si son bien compartidos por todos. Y de eso se trata: de que esos proyectos, de que esas ideas, de que las reformas, con sus diferencias, sean capaces de llegar a compromisos razonables que, por ser razonables, por ser posibles, por ser constructivos, y ser compartidos, al final produzcan unos efectos duraderos beneficiosos para la sociedad.

Ésas son algunas consideraciones generales en torno a lo que es ese valor fundamental de nuestras sociedades, que es el de la confianza social, que puede tener luego muchísimas traducciones desde el punto de vista de la seguridad o desde el punto de vista de la economía. Vemos en muchas sociedades, en muchos países, que tienen más o menos dificultades políticas, como sus problemas básicos son de confianza. Vemos que, cuando un país prospera o cuando un país no prospera, en la base de las decisiones políticas está una cuestión de confianza. Y vemos también como los sistemas educativos --antes hablaba de ciertos desánimos o ciertas actitudes poco ilusionantes respecto al futuro-- también responden, en gran medida, a esos principios básicos de confianza.

El segundo factor de ese estudio que yo releía era, como les decía, el de las personas: cómo conseguir personas bien formadas en la sociedad de hoy, en la sociedad del conocimiento de hoy.

Yo les quiero decir que, en mi opinión, contamos con una buena base de partida, pero no nos debemos quedar más ahí. Citaba el profesor Amorós a Pedro Salinas. Pedro Salinas tiene unos versos que empiezan diciendo, si la memoria no me falla: "suelo nada más, suelo nada menos, y que te baste con eso, porque en los suelos pies bien hincados", etc., etc. Pues no nos basta con el suelo. Está bien, me tomo muy libremente esos versos de Salinas, que no iban por aquí; pero los versos también se escriben para que sean tomados libremente en reuniones como ésta. Me los tomo libremente, pero tenemos una buena base de partida, aunque no nos debemos, naturalmente, conformar con ella.

Es verdad que en los últimos pongámosle veinticinco años, en este último cuarto de siglo de vida española, nuestro país ha hecho cambios verdaderamente espectaculares. Yo, sobre todo cuando estoy fuera de España y para que se entiendan bien los cambios espectaculares que ha hecho nuestro país, siempre los concentro en tres, y le digo a la gente que me oye: España era una dictadura y ahora es una democracia; España era un país muy centralizado y ahora es un país profundamente descentralizado; España era un país cerrado y ahora es un país abierto. Ésos han sido los cambios fundamentales en los últimos veinticinco años en la vida española.

Yo quiero decir que esos cambios de veinticinco años también se han producido en el terreno educativo y eso ha permitido, en gran medida, cerrar la brecha que separaba educativamente a España de otras sociedades desarrolladas europeas. Se ha conseguido la universalidad de la escolarización hasta los dieciséis años; se han alcanzado también tasas de escolarización muy altas para las edades posteriores; ha habido un incremento espectacular de recursos humanos y de medios materiales. Al comienzo de nuestra democracia había un déficit de un millón y medio de puestos escolares en la educación no universitaria.

No debemos conformarnos con eso que, sin duda, es un cambio espectacular; debemos seguir en los próximos años haciendo el esfuerzo de mejorar, haciendo el esfuerzo de

trabajar, haciendo el esfuerzo de ver en qué cuestiones concretas podemos poner exactamente un mayor empeño, un mayor esfuerzo.

Yo les quiero decir que a mí hay dos que me resultan básicas de esto que acabo de decir: tenemos que mejorar mucho la calidad, en todos los sentidos, de nuestras bibliotecas y tenemos que hacer un grandísimo esfuerzo todavía en todo aquello que significan las tecnologías de la información. A mí esas dos cosas me parecen especialmente relevantes, especialmente básicas, y, desde luego, deseo poner un esfuerzo en ellas.

Pero quiero alertar también respecto a alguna idea y a algunas consideraciones que surgen permanentemente en los debates en la España de hoy. Tendemos demasiado a pensar que las cosas se resuelven con medios, medios, medios y más medios; y medios, medios, medios y más medios, al final, es dinero, dinero, dinero y más dinero. Y eso no es así. Por muchos medios o por muchísimo dinero que se entierre muchas veces en muchas iniciativas, no salen si fallan otros fundamentos u otras maneras de organizar y hacer las cosas, o de poner empeño en las mismas, sin los cuales eso no puede resultar, no puede funcionar.

En todo caso, yo digo: es necesario continuar ese esfuerzo y se debe continuar ese esfuerzo que, en mi opinión, debe ser centrado, fundamentalmente, en estas dos cuestiones de bibliotecas y tecnologías de la información.

¿Cuál debe ser el objetivo de un esfuerzo educativo en nuestro país, especialmente en la enseñanza secundaria, para el futuro inmediato? Yo creo que el objetivo fundamental debe ser la aspiración de mejorar nuestro sistema educativo, de modernizarlo, tanto en sus resultados como en su calidad.

Yo les quiero trasladar aquí varias ideas, que son convicciones muy arraigadas, que algunas he intentado poner en práctica en estos años, algunas han podido avanzar algo y otras, por desgracia, a lo mejor no han avanzado todo lo que yo desearía.

Yo creo que en la sociedad de hoy, en la sociedad del conocimiento, en la sociedad de la información, en la sociedad de la revolución tecnológica, en el mundo globalizado --llamémosle como queramos--, una formación básica sólida de una persona, y precisamente en este mundo más que en ningún otro, porque este mundo será un mundo de enormes oportunidades pero, al mismo tiempo, de gravísimas responsabilidades... Probablemente, el ser humano nunca haya tenido tantas oportunidades como pueda tener para su futuro inmediato en la sociedad que estamos construyendo; pero debe ser capaz de asumir sus responsabilidades y, si no lo hace y se cae en lo que alguien pudiese llamar viejas tiranías, hay que saber que los peligros de las tiranías del futuro serán mucho mayores que cualquier tiranía que hayamos conocido en el pasado.

Yo quiero decir que esa formación básica sólida no se puede alcanzar, en mi opinión, sin un sólido bagaje de conocimientos y de contenidos humanísticos. No veo cómo se puede hacer de otra manera y, además, no considero posible, sinceramente, salvo que alguien me convenza de lo contrario, que todavía no ha ocurrido, hacerlo de otra manera.

Yo creo que en esa sociedad de oportunidades, que es una sociedad de responsabilidad, en la sociedad abierta que construimos, y en la que al menos yo creo, hay que saber, hay que enseñar a pensar por uno mismo, a asumir responsabilidades, a tener espíritus críticos. Ése es el contenido fundamental de lo que debe ser un desarrollo, un impulso, de la política de Humanidades en nuestro sistema educativo.

Ése es el empeño de fondo que yo tenía y que el Gobierno tenía cuando puso en marcha la reforma de las Humanidades y puso en marcha ese intento. Sinceramente, me parece vital para nuestro sistema educativo y me parece que lo que ocurrió en torno a aquel debate de Humanidades fue una de las cosas que, desgraciadamente, pasan a veces en

nuestra vida política y social, que es la trivialización sin sentido de lo que significan debates o iniciativas más profundos.

Yo creo que hacer ciudadanos libres es algo más que hacer buenos consumidores; es algo más que enseñar a respetar las reglas de la circulación --que siempre es bueno respetarlas--; es algo más que hacer personas educadas o corteses; es algo más que transmitir lo que es políticamente correcto al uso en cada momento o es algo más que enseñar a no despeinarse. Hacer ciudadanos libres es enseñar a saber decidir por uno mismo, a saber pensar, a saber reflexionar, a saber aprovechar las oportunidades, las responsabilidades; a dar un sentido, al final, a las cosas.

La enseñanza de Humanidades para mí tiene esa vocación, tiene ese valor y, en mi opinión, tiene ese destino.

Cuando hablo de Humanidades, estoy hablando de Humanidades en sentido amplio, no de Humanidades en sentido restringido. Yo sé muy bien que el saber de nuestro tiempo se ha ampliado extraordinariamente y que no se puede hablar de Humanidades en el mundo de hoy sin hablar del conocimiento de la cultura científica y tecnológica, etc., etc. Pero hay cosas que me parecen absolutamente esenciales: me parece absolutamente esencial el dominio de la lengua en la cual nos debemos de entender unos con otros, o procurar entendernos unos con otros, y, si no hay un mínimo dominio de lengua, se hace cada vez más difícil el entendimiento y, haciendo más difícil el entendimiento, se hace más difícil la tolerancia.

Yo siempre digo que hay quien cree que la tolerancia consiste en no creer en nada, o en no pensar nada, y la tolerancia justamente consiste en el respeto a las ideas de los demás. Pero, para respetar las ideas de los demás, tienen que existir ideas, y son las sociedades donde no hay ideas, o donde no hay creencias, o donde no hay convicciones, o donde no hay valores, justamente las que tienen los riesgos mayores de intolerancia o de exclusión.

Yo creo que el dominio de la lengua es esencial, y el conocimiento del idioma común, que a todos nos facilita las cosas y que es uno de nuestras grandes riquezas y de nuestros mejores patrimonios, dentro y fuera de España, que allí donde tiene dificultades tiene que ser defendido; allí donde es menos conocido tiene que ser expandido, y allí donde se le intentan cortar las alas de vez en cuando, como es en el caso de la Unión Europea en este momento, hay que hacer lo que hay que hacer, y lo que se está haciendo en su defensa; el conocimiento del idioma común es absolutamente básico.

Pero creo que también la memoria de las cosas, de los hechos y la comprensión del pasado es absolutamente indispensable. No veo cómo se puede interpretar el presente o el futuro sin tener una mínima idea de lo que es el pasado, y de comprenderlo, y de haber sabido asimilarlo o asumirlo.

El dictamen que recientemente se ha aprobado sobre Humanidades en nuestro país decía, literalmente --y me lo he traído anotado, porque me pareció muy interesante--, que "la amnesia histórica se paga en un país con la pérdida de referencias y de puntos de actuación y de encuentro comunes".

Antes hablaba yo de lo que pueden ser tiranías del futuro y es curioso que, si ustedes repasan la historia de cualquier dictadura, pasa la historia de cualquier dictadura justamente por establecer largos tachones, largas zonas de sombra, en todo lo que significan los estudios históricos del país que tiene la desgracia de caer en ella.

A mí me parece muy importante que tengamos una comprensión abierta y crítica de nuestro pasado para poder construir, entre todos, de una manera mucho más activa todavía que hasta ahora, el siglo XXI.

Sin duda, a los profesores de Historia, ahora que es tan polémico eso, a veces --para algunos tan polémico eso--, solamente les quiero pedir una cosa, además de, si es posible, que mantengan su entusiasmo por la Historia: que enseñen Historia con respeto a la Historia. Si basta solamente con eso, tal vez: enseñar Historia con respeto a la Historia. Y eso significa, simplemente, que las invenciones históricas no deben tener cabida en una acción profesional, en una acción educativa, respetuosa con la Historia, respetuosa justamente con la propia dignidad profesional.

Saben ustedes que el Ministerio de Educación y Cultura ha encargado a la Real Academia de la Historia un estudio sobre la situación actual de la enseñanza en los libros de texto de la Geografía y de la Historia de nuestro país. Estoy seguro de que la Real Academia de la Historia va a hacer ese estudio y ese dictamen con el mayor interés, y que va a ser absolutamente fundamental para abordar con todo detenimiento lo que significan también las cuestiones de mejora de la enseñanza de la Historia en nuestro sistema educativo.

Ahora bien, hablo de todas estas cosas, del valor de las Humanidades, y yo creo que la Educación debe asentarse también en valores de carácter universal. Hemos hablado antes de saber pensar, de saber reflexionar, de hacer a personas conscientes de su dignidad, de asumir responsabilidades.

Yo creo que justamente en el fortalecimiento de esos valores humanísticos descansan, fundamentalmente, las ideas de la tolerancia, de la pluralidad y de la libertad, y creo que para eso nos ayudan mucho también dos cosas, que también considero personalmente muy importantes. Es, por una parte, la cultura clásica y la Filosofía: la cultura clásica, que nos da una base extraordinariamente sólida para afrontar lo que significa la comprensión de lo que ha ocurrido en nuestra vida y de lo que tiene que ser el mundo del futuro; y la Filosofía, que nos da el sentido de las cosas.

Y también, en segundo lugar, en las corrientes modernas, de las cuales en ningún caso debemos separarnos, por ejemplo, en todo aquello que significa la presencia de más profesionales españoles en el exterior, nuestra conexión con instituciones internacionales, los grandes cambios profundos que tenemos que acometer en el trabajo, aquello que es la dirección de nuevas formas de convivencia social o familiar, etc., etc.; el conocimiento, el dominio, de algunas lenguas extranjeras me parece absolutamente básico.

Todo ello teniendo en cuenta que el empleo del futuro, y el empleo del futuro es ya el empleo de hoy, vendrá unido a una formación cada vez más exigente, hasta el punto --bien claro lo digo-- que donde haya formación habrá empleo y, donde no haya formación, no habrá empleo; además, que la diferencia del mundo de hoy con el mundo casi más que del mañana de hoy ya, no está tanto en tener empleo o no tener empleo, como en tener formación o no tener formación porque, si no hay formación, la dificultad de acceder al empleo será prácticamente radical e imposible de superar.

Quiero decirles que conozco una buena parte, muchos de los problemas de la Educación Secundaria, y sé que en Europa, en general, y en España, en particular, la Educación Secundaria está en una situación delicada. En mi opinión, la sociedad --por llamarlo de esa manera-- hemos dicho a la Educación Secundaria: tienen ustedes que hacerse cargo de responsabilidades que antes no tenían, tienen ustedes deberes que antes no tenían; ahí lo tienen y apañenselas como puedan. Eso es así y ahora, naturalmente, tenemos que afrontar esa situación.

No sé si alguna vez derivado de eso tiene alguna referencia, yo creo que sí, con esa situación, a veces de desánimo, que se trasladaba anteriormente. Sí les quiero decir que, siendo muy consciente de eso --y es lo que he venido a hacer aquí, entre otras cosas, a

esta Universidad Internacional esta mañana, en Santander--, el objetivo que debemos marcarnos es fortalecer justamente este nivel educativo.

Eso es lo que yo deseo y eso es lo que les quiero transmitir. Por eso he querido apuntarles algunos comentarios o algunas líneas de lo que a mí me parecía más relevante para fortalecer, precisamente, esta etapa educativa. Tanto más se lo quiero decir en un momento en el cual vamos a culminar los traspasos educativos a las Comunidades Autónomas, y eso va a suponer una situación completamente nueva en el sistema educativo español y en la historia educativa de nuestro país; absolutamente nueva.

Yo siempre digo que en un Estado tan profundamente descentralizado como España, que desde el punto de vista constitucional ha dado una respuesta inteligente, útil y positiva a sus problemas históricos --yo he participado en ello en distintas formas; ahora participo como Presidente del Gobierno, pero lo hice en su momento siendo funcionario del Estado en el Ministerio de Economía y Hacienda--, que se ha dado una respuesta inteligente, con sus problemas, pero inteligente y positiva a los problemas de nuestro país; pero en un Estado tan descentralizado como el nuestro tenemos que saber que los elementos de cohesión, las claves de los elementos de cohesión, que son cinco o seis, no más, tienen que ser siempre preservados.

En un momento en que las transferencias educativas con carácter general están en manos de todas las Comunidades Autónomas, el Gobierno de la nación tiene la obligación del mantenimiento de mecanismos de cohesión y de vertebración de nuestro sistema educativo de una manera clara y, desde luego, a eso debe poner especial empeño el Gobierno; este Gobierno o cualquier Gobierno, porque es una obligación derivada, en mi opinión, de lo que es la aplicación de la normativa constitucional, un sentido del Estado básico y una proyección y utilidad de nuestro sistema educativo para el futuro.

Quiero decirles que, dentro de ese aspecto, a mí me parecen absolutamente básicos los principios y los programas que se refieren a la movilidad de estudiantes y a la movilidad de profesores.

Hemos hecho muchas cosas bien en España en estos años y otras menos bien, y hay una que me preocupa: que no hagamos un país inmóvil. Nuestro país no puede ser inmóvil. Si uno de los secretos de una sociedad moderna es la movilidad, lo peor que podemos hacer es condenar al inmovilismo geográfico a profesores, a estudiantes, a todos aquellos que quieren aspirar a mejorar su capacidad de enseñar o a mejorar su capacidad de aprender.

Eso tiene luego, evidentemente, muchas dificultades de orden y de razón práctica, si se quiere; pero me parece absolutamente básico que esa movilidad se mantenga y que esa movilidad sirva de actuación para salir de límites de los que en el mundo de hoy conviene salir, si evidentemente se aspira a tener unas miras más altas o se aspira a que el progreso de nuestro país o de nuestra sociedad sea todavía más decidido y más rápido.

Por eso, señor Rector, entre otras cosas, es por lo que yo le aliento mucho a que mantenga estos encuentros, porque un país o un sistema educativo, en su cohesión, no solamente son libros de texto; son el intercambio y la capacidad de entendimiento o de discrepancia entre personas, que son las que hacen el sistema educativo, lo cohesionan o no lo cohesionan. Y no hay nada peor para el futuro de las cosas que establecer murallas de incomunicación. Quien construye murallas de incomunicación está negando una de las posibilidades más importantes (...)

Yo deseo eso sinceramente, no solamente por el bien del sistema educativo español, sino también lo deseo por el bien de los más de 500.000 profesores en distintas áreas de

enseñanza no universitaria que en este momento ejercen su actividad en nuestro país. No habíamos tenido nunca esa cifra de más de 500.000; me parece, si la memoria no me falla, que son 504.000. Nunca habíamos tenido 504.000.

Mi deseo es que los 504.000 tengan oportunidad de ser los mejores 504.000 que haya habido nunca en la historia de nuestro país, porque eso significará que tendremos los mejores alumnos que nunca haya habido en la historia de nuestro país.

Ése es el compromiso con una enseñanza secundaria que, por su fortalecimiento y para decirles esto, es lo que me ha permitido, venciendo un poco a los encantadores de nuestro señor Don Quijote, venir esta mañana a Santander a decirles estas cosas, que espero que les hayan sido de alguna utilidad y de algún interés.

Muchísimas gracias a todos.